

mayoría de edad—, España cosecha la mies esperada de aquella simiente de libertad que ella misma embarcó en sus galeones de Indias. Pero, libres e independientes, una cadena espiritual mantiénelas unidas a la madre, porque madre e hijas cantan y rezan, aman y disputan con un mismo lenguaje, no más diferenciado el acento que puedan estarlo el de un rotundo aragonés y el de un andaluz sibilante.

¿Qué importa si algunas veces, junto a profundas voces de amor argentino, se oyen frívolas expansiones de ingratitud mejicana? Achaques son estos eructos del flato político que hincha a los estómagos mal apercebidos para digerir la inmortalidad de los sentimientos fundamentales de la raza. No importa, no. El sensible espectador de unas y otras actitudes perdona a Gonerila y a Regana, las olvida quizá prontamente, y en su memoria queda, surco de reja buída, la ternura filial de Cordelia. Y siempre le queda a España, como represalia inevitable por su condición espontánea, que el abogado azteca tiene que insultarla en castellano, mal que le pese.

El año que comienza nos pone en la coyuntura de afirmar de nuevo el orgullo español por habernos la Providencia deparado aquel honor inmarciable. Se cumplen cuatro siglos, el nueve de octubre, del bautizo de Miguel de Cervantes. Tampoco importa que ignoremos en qué día preciso vió la luz terrenal. Bástenos saber la fecha histórica en que tuvo nombre cristiano: ese nombre tan eufónico como insigne, bastante por sí solo para que en los más distantes meridianos se reverencie a un libro pensado en manchego, escrito en castellano y sentido con todas las fuerzas de un corazón hispánico y católico.

Por Cervantes, España logra universal respeto literario. Escritor ecuménico, por la difusión de su obra príncipe, Cervantes noticia al mundo entero que la Mancha existe y, por su héroe, arquetipo de la noble fantasía, de la limpia conciencia, de la recta justicia, del esforzado talante, de la intrépida hombría, de la ardiente fe, el manchego aparece, si no en todo como seamos, cual quisiéramos ser a la hora declinante en que los hombres dialogamos con la conciencia y sentimos el ansia de volver a vivir los años idos para enmendar los yerros de conducta.

No fuese la Mancha ilustre solar de los adelantados de Calatrava, cuna de héroes y de santos, y lo sería por la dichosa elección de Cervantes al buscarle naturaleza a don Quijote. No exportáramos vinos y azafranes, olios y azogues, y nos bastarían los retranes de Sancho para alegrar los ánimos decaídos, para teñir los coloquios con dejos de pequeña filosofía, para alumbrar con lámparas de ingenio las horas vacías de humor, para bruñir alindes en las almas con que se vuelvan ellas espejo de lealtad y de confianza.

¿Responderá la Mancha a sus deberes para con Cervantes? ¿Despertará de su modorra secular? ¿Sabremos olvidar algunas horas, algún minuto de cada día, las apetencias materiales, la especulación mercantil, la marea de las cotizaciones, la preocupación meteorológica, para meditar cuánto le debemos por la creación inmortal del «Don Quijote»?

Yo confieso que no soy optimista. Pero cumplo un dictado de mi conciencia al recordar a todos los manchegos que acaba de nacer el año de Cervantes.

**Federico Romero.**